

tica de la obra— uno ha oído las más diversas versiones de «El tragaluz», pese a ser casi obvias muchas de sus intenciones. ¿Hasta qué punto, la abstracción ideológica y espaciotemporal de mucho de nuestro teatro, ha generado un público incapaz para la comprensión «histórica» de una obra como «El tragaluz»?

Esta es una cuestión que queda en penumbra. Aunque es evidente que muchos —sobre todo, entre ese público joven que ha acudido al Bellas Artes aprovechándose de los vales al 50 por 100— de los espectadores sí han llegado, en su recepción, hasta donde Buero en su creación.

De los autores que pudiéramos situar, con todas las distancias y diferencia, puesto que se trataba de una línea «buerista», sólo cabría, tal vez, citar el poco afortunado estreno de la, a mi juicio, muy estimable obra «Noviembre... y un poco de hierbas», de Antonio Gala. El drama fue vuleado por la mayor parte de la crítica. A veces, dentro de la más implícita coherencia, puesto que se trataba de una obra dotada de ciertos y positivos elementos de agresión. A veces, creo que un tanto alegremente, olvidando la situación concreta del teatro español y

examinando a Gala según ópticas inadecuadas.

Ni Rodríguez Méndez, ni Olmo, ni Muñoz, ni Sastre, ni Buded, ni cuantos, con mejor o peor fortuna, constituyen desde hace años la esperanza de un teatro español más generoso e interesado por el devenir general que por las diversiones de un grupo escandalosamente cerrado, estrenaron. Sin que tampoco los nombres nuevos más prometedores —Pérez Dann— pasaran del Premio, del libro, o de la representación de cámara.

Paralelamente, los autores tradicionales, reforzados con Juan José Alonso Millán, estrenaron su «obra» anual, diciendo más o menos lo de siempre, de la manera de siempre. Cosa, al fin y al cabo, totalmente respetable y lógica en los procesos teatrales, si, a su lado, se hubiera dado el estreno polémico, la obra que corresponde a ese hipotético nuevo público que apenas tiene ocasión de hacer acto social de presencia en nuestra vida teatral.

Quedan para otros comentarios la consideración de los teatros oficiales y el repertorio extranjero, así como la pequeña crónica de nuestro teatro experimental. ■ J. M.

CANTE JONDO

Segunda reunión en Puebla de Cazalla



La Puebla de Cazalla está situada en el centro neurálgico de la geografía «jonda» de la Baja Andalucía: en la provincia de Sevilla, entre Morón de la Frontera, Osuna y Marchena. De Mo-

rón era, nada menos, Silverio Franco, aquel seguidor del que decía Lorca: «Los viejos dicen que se erizaba el cabello y se abría el azogue de los espejos», cuando cantaba. En Marchena se canta aún un cante difícil —«la marchenera»— que habría que rescatar del desconocimiento. En La Puebla mismo se canta una cantinela, entre litúrgica y flamenca, de un arcaísmo primordial, en la que los eruditos podrían encontrar, tal vez, el eslabón perdido entre el canto llano gregoriano y el cante jondo: «los pregones». Allí mismo, no hace muchos años, en las calientes madrugadas del Sur, se oía la voz terrible de Gallardo cantando las «soleares» del Tenazas y las de Joaquín el de la Paula...

En esta segunda versión de la «Reunión» en La Puebla estará presente, con sus ochenta años, otro seguidor de la talla de Silverio: Juan Talega. Y estará ese maestro indiscutible de nuestros días que es Antonio Mairena. Y los dos genios de Utrera, la Fernanda y la Bernarda, cantando los doloridos cantes de La Sarneta. Y Luis Torres —Joseclero de Morón—; y

el benjamín de todos, maestro en su extremada juventud —pero discípulo de don Antonio Mairena, como él gusta proclamarse, y del Talega—: José Menese, amén de otra gente nueva, como Naranjito de Triana y Diego Camacho. Habrá baile de bailarines —no de bailarines—, con Tía Juana de la Pipa, Trini España, Paco Laberinto de Jerez y María la Chicharrona. Y en fin, todo eso estará acompañado por guitarristas de casta: Diego el del Gaster, Manolo Brenes y Pedro Peña de Lebrija...

Ya contaremos, en estas mismas páginas, lo que fue esa «Segunda Reunión de Cante Jondo» en la Puebla de Cazalla. Pero entre tanto, conviene advertirlo: el que quiera saber lo que eran los cantes del Lebrija, del Fillo o de Juaniquí; el que quiera tener un contacto con lo más genuino de una de las más grandes creaciones del genio de España, que se vaya a La Puebla y que pierda —o gane— la madrugada del sábado día 13 de este julio, escuchando esas voces que difícilmente se podrán reunir en otras ocasiones.

OPERACION TRASPLANTE

Berlanga y «Las pirañas»



Los largos períodos de inactividad de Berlanga son ya clásicos, lo mismo que las razones que los motivan. Del que comenzó a raíz de «El verdugo» —1963— sólo ha salido para reali-

zar, en la República Argentina, «Las pirañas», rebautizada en nuestras pantallas con el mucho menos expresivo título de «La boutique». Las pirañas, como se sabe, son unos peces de agua dulce —conocidos también por los nombres de peces tigre o peces canibales— oriundos de Sudamérica y comedores de carne, y considerados los más peligrosos del mundo. En la fábula de Berlanga y Azcona las pirañas serían dos españolas, madre e hija, afincadas en Buenos Aires, y que se dedican, primero quizá de buena fe, luego en toda conciencia, al deporte de devorar hombres. El cambio de título y el doblaje, que ha hecho que al hablar todos los personajes un correcto castellano se pierda la fuerza que el concepto del españolismo de las dos mujeres protagonistas —Sonia Bruno y Ana María Campoy— debía tener en la película, son los dos primeros factores que perjudican a la película, por otra parte la menos personal de su autor en función de una serie de elementos, el principal de los cuales es la erradicación. Berlanga es, entre nuestros directores, probablemente el más apegado a una inmediatez de lo español, de lo «castizo», usando el término en el mejor sentido. Su cine ha presentado siempre, con mayor o menor fortuna, ramas y personajes absolutamente ligados a nuestra realidad nacional, incomprensibles al margen de ella. Berlanga ha necesitado, para encontrarse a sus anchas, conocer muy bien a los actores con los que trabaja, desenvolverse en medios, rurales o urbanos, que conoce y sobre los

TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TEL

mación, han decidido publicar un «libro blanco», destinado al Parlamento, en el que se explicarán los objetivos de su movimiento.

● «Quién es quién en la C. I. A.» (Who's who in the CIA), tal es el título de un volumen de seiscientas páginas que va a publicarse en Berlín Este, en el que se recogen los nombres de los tres mil agentes internacionales de la célebre Agencia norteamericana.

● Ciento cincuenta delegados de treinta y ocho países han asistido en Grenoble a la Conferencia Internacional de juristas sobre la guerra de Vietnam. Entre ellos, dos profesores norteamericanos de Derecho Internacional; una delegación de Vietnam del Norte y otra del Frente de Liberación.

● El profesor Herbert Marcuse, que enseña Filosofía y Economía Política en la Universidad de California, ha recibido cartas amenazándole de muerte, tras anunciar un semanario que el líder

estudiantil alemán Rudi Dutschke se iba a matricular en dicha Universidad.

● El reverendo Ralph Abernathy, sucesor de Luther King, ha comenzado una huelga del hambre en la cárcel de Washington en que cumple los veinte días de arresto a que fue condenado por encabezar la «marcha de los pobres».

● «Ahora deseo más ardientemente que cesen los bombardeos y que empiecen las negociaciones, con el fin de que se pare la guerra», ha escrito el coronel John Peter Flynn, uno de los tres pilotos norteamericanos que va a liberar Hanoi.

● Aún no se conocen las causas por las cuales pudo suicidarse el coronel Renzo Rocca, uno de los hombres más importantes del S. I. F. A. R. (Servicio secreto italiano), que se vio mezclado en el proyecto de golpe de Estado de 1964 denunciado por el semanario «L'Espresso».